

ÉTICA CRISTIANA

(INSTITUTO BIBLICO ZONA SUR DE ASOCIACION DE IGLESIAS
EVANGELICAS BAUTISTAS)

ÉTICA CRISTIANA

Definición de Ética: Rama de la filosofía cuyo objeto de estudio es la moral. La ética es la reflexión racional sobre qué se entiende por conducta buena y en qué se fundamentan los denominados juicios morales.

En el lenguaje corriente hay dos usos de la palabra ética. En algunos casos se la emplea como sustantivo y en otros como adjetivo. Cuando se le usa **como sustantivo** ("La Ética" o "La Moral") se da a entender un **saber específico** dentro de las disciplinas humanas **que tiene como objeto la fundamentación racional de lo que debe ser la responsabilidad del ser humano para alcanzar lo bueno o lo recto**. En ese sentido, denominaría el saber filosófico coherente y sistematizado (en teorías orgánicas) sobre las características que deben tener los valores, principios, normas y virtudes para que el ser humano se realice como tal en su transcurrir histórico. Ese saber sistematizado implica una concepción de lo que son los derechos y deberes que le corresponden como individuo que vive en sociedad, así como las prohibiciones, sanciones y todos los tipos de medios adecuados para alcanzar "el bien" en la interacción humana.

Pero con frecuencia la palabra "ética" es empleada en el lenguaje corriente **como un adjetivo**. Entonces se comenta: "esto no es ético" "fulano es un inmoral". En este caso la palabra "ética" o "moral" en tanto adjetivo, juzga la cualidad de determinadas acciones de los individuos en cuanto tienen que ver con la manera que éstos ejercen su responsabilidad frente a los valores, principios y normas morales. Hace un juicio evaluatorio de una acción humana en cuanto es capaz de encarnar o realizar en la práctica, a los valores, principios, y normas éticas.

Entre aquellos que diferencian a la Etica de la Moral están los que sostienen que "Ética" sería la disciplina filosófica que se ocupa de la fundamentación racional del comportamiento moral del hombre mientras que "Moral" sería todo lo que se refiere a los valores en tanto asumidos y vividos por la gente, o sea, a la dimensión subjetiva o a la moralidad vivida de hecho por los individuos o grupos determinados. Esta forma de diferenciar ambos conceptos parece ser práctica y yo me pliego a ella.

De esa manera, **la Ética** no busca ver si para un sujeto está bien matar y para otro sujeto está bien dejar vivir, sino que **busca justificar racionalmente si puede considerarse bueno para todo ser humano** (criterio universal ético) **el deber de dejar vivir o de matar**. La ética se ocupa pues de encontrar las convergencias axiológicas racionalmente justificables para todo ser humano, aún cuando estas convergencias sean muy reducidas y haya todavía mucho por recorrer en su búsqueda.

La ética cristiana

En cambio la ética cristiana "es la ciencia de la conducta humana, tal como está determinada por la conducta de Dios"

"La ética cristiana es ética religiosa y por lo tanto, recalca especialmente la debilidad y la pecaminosidad del hombre, así como su necesidad de la conversión por el ministerio del Espíritu Santo"

Cuando hablamos de ética cristiana estamos pensando en la conducta que debe observar el cristiano en todo momento y en toda circunstancia. El apóstol Pedro escribe:

"Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos

en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1º Pedro 1: 14-16).

La ética cristiana nos desafía a mej orar nuestra manera de vivir porque nos demanda que vivamos según las normas de santidad que Cristo vivió. El apóstol Juan escribe "El que dice que permanece en El, debe andar como él anduvo." (1º Juan 2:6).

La ética cristiana solo puede vivirla plenamente el cristiano, ya que solo él puede alcanzar ese nivel de conducta como resultado del poder del Espíritu Santo obrando en su vida. En **Romanos 8:5-6**, el apóstol Pablo nos explica: "Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz." El cristiano sólo alcanzará un nivel de vida santa y agradable a Dios por la obra del Espíritu obrando en y a través de él.

Cuando el apóstol Pablo escribe sus cartas es muy puntual en expresar el cambio de vida que debe experimentar toda persona después de aceptar a Cristo como su salvador (**Efesios 4: 17-32**). Declara que los que están en Cristo son una nueva criatura y que las cosas viejas, las formas de vida, y aún las motivaciones deben ser hechas nuevas (**2º Co. 5: 17**). El cristiano debe ser un ejemplo de vida para el mundo sin Cristo tanto en su conducta personal como en su relación con la familia, la sociedad y las autoridades (**Efesios 5:21 a 6:9**).

Diferencia entre Ética y Moral:

Ética: Rama de la filosofía cuyo objeto de estudio es la moral. Si por moral hay que entender el conjunto de normas o costumbres (mores) que rigen la conducta de una persona para que pueda considerarse buena, la ética es la reflexión racional sobre qué se entiende por conducta buena y en qué se fundamentan los denominados juicios morales. En resumen, la ética es a la moral lo que la teoría es a la práctica; la moral es un tipo de conducta, la ética es una reflexión filosófica.

Tipos de Éticas

La ética normativa: Es un conjunto de concepciones diversas que se articulan en torno a principios (modelos que se tienen en cuenta al actuar) y métodos en que se funda la vida moral. **Se distinguen básicamente en éticas teleológicas y éticas deontológicas.**

- **Éticas teleológicas o consecuencialistas:** se estructuran en torno a fines o en torno a la consideración de las consecuencias de las acciones. Un ejemplo claro de ética teleológica lo es el eudemonismo de Aristóteles. La ética griega de orientación teleológica comienza con Sócrates, fundador de la investigación ética por medio del diálogo y la búsqueda de definiciones y quien, con su «arte de partear» saca a la luz los conceptos fundamentales de la ética, pero alcanza su

punto álgido con la ética de Aristóteles. La felicidad, eudaimonía, es el fin de la vida, y no puede consistir más que en una actividad del alma, por lo que la felicidad perfecta ha de consistir en la actividad «más excelente»: la vida de la mente. De ahí que la ética griega -la de Sócrates, Platón y Aristóteles, fundamentalmente- sea una moral de virtudes (éticas y dianoéticas).

- **La Ética Deontológica:** se estructura en torno a la consideración del principio del deber. Ejemplo claro de ética deontológica es la moral formal de Kant; La ética kantiana es el modelo de las teorías deontológicas. Se estructura en torno al principio de actuar conforme al deber, que la conciencia humana -la razón práctica- se impone a sí misma mediante el imperativo categórico: «obra sólo según aquella máxima que puedas querer que se convierta, al mismo tiempo, en ley universal». Kant sostiene que ésta es la única ética racional digna del ser humano, que no prescribe nada concreto, nada material por tanto, y que sólo impone un motivo formal a la voluntad, válido para todo hombre y para cualquier ocasión (universal y necesario): no hay intereses ni egoísmos, sino sólo la buena voluntad de actuar de acuerdo con el deber. A esta ética llama Kant «**formal**» y «**autónoma**», mientras que considera que las restantes son «**materiales**» y «**heterónomas**», por cuanto en ellas la voluntad humana se determina a obrar por motivos prácticos. La ética kantiana dignifica la voluntad y la persona humana, pero históricamente se la considera rigorista, vacía de los valores por los que actúan las personas y no apta para fundar un comportamiento moral que tenga en cuenta seres no humanos.

Ética Cristiana: El cristianismo considera que es Dios y su Palabra revelada. La fuente o base de la ética. “Dios es la base de toda la moralidad cristiana y también la base de la teología. Creemos que Dios es el único que tiene el derecho para determinar las normas que deben regir la conducta humana. La verdadera moral cristiana tiene que ser geocéntrica. No puede hallar sostén digno de confianza en el intuicionismo ni en otra forma de apriorismo”

Intuicionismo: En general, toda adopción de la intuición como método adecuado de conocimiento.

Intuición: En sentido filosófico, se define como un conocimiento inmediato, en el que el objeto conocido es captado directamente por la facultad correspondiente, la sensibilidad o el entendimiento.

Aristóteles: la felicidad, en general

“Volviendo a nuestro tema, puesto que todo conocimiento y toda elección tienden a algún bien, digamos cuál es aquel a que la política aspira y cuál es el supremo entre todos los bienes que pueden realizarse. Casi todo el mundo está de acuerdo en cuanto a su nombre, pues tanto la multitud como los refinados dicen que es la felicidad, y admiten que vivir bien y obrar bien es lo mismo que ser feliz. Pero acerca de qué es la felicidad, dudan y no lo explican del mismo modo el vulgo y los sabios. Pues unos creen que es alguna de las cosas visibles y manifiestas, como el placer o la riqueza o los honores; otros, otra cosa; a menudo, incluso una misma persona opina cosas distintas: si está enfermo, la salud; si es pobre, la riqueza; los que tienen conciencia de su ignorancia admiran a los que dicen algo grande y que está por encima de su alcance. Pero algunos

creen que, aparte de toda esta multitud de bienes, hay algún otro que es bueno por sí mismo y que es la causa de que todos aquellos sean bienes¹”

Ética Kantiana:

Immanuel Kant: dignos de ser felices

Por consiguiente, la moral no es propiamente la doctrina de cómo hacernos felices, sino de cómo hacernos dignos de la felicidad.

El Ser Humano

¿Qué es el Ser Humano?

A esta pregunta los **naturalistas** responden: “un animal complejo” (no creen que haya algo superior a la naturaleza); a la misma pregunta responden los **panteístas** “una parte de Dios”

La Biblia responde:

-Creado a Imagen de Dios: (Gn. 1:26-27; 5:1-3; 9:6; 1 Co 11:7; Col 3:10) En estos pasajes se habla explícitamente del ser humano creado a imagen i semejanza de Dios. Cabe destacar que la Biblia también menciona la caída de la humanidad con lo que podemos inferir que la imagen de Dios se desvirtuó.

Esta creación del ser humano a imagen de Dios lo obliga a ser responsable éticamente delante de Dios, ya que es un Dios que tiene un carácter ético y es lo que demanda para los que le siguen.

Por otra parte podemos observar que el desarrollo intelectual del ser humano fue inversamente proporcional al desarrollo del carácter ético. Esto es lo que le privó de disfrutar las comodidades y beneficios del progreso.

-Un ser que necesita redención: (Ro. 3:23)

Ya Gn 6:5 nos habla de la maldad que se multiplicaba “todo designio era de continuo solamente el mal”

Si bien el ser humano mantuvo la imagen de Dios, perdió la vida espiritual. Al respecto es interesante mencionar que existe una postura de explicar la conformación del ser humano como, espíritu, alma y cuerpo.

Bases teológicas para la ética

¹ Ética a Nicómaco, I.1, 4, 1095a (Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1985, p. 3).

Lo que distingue a la ética cristiana de otras expresiones de la ética profesional es su base de autoridad, que se deriva de la revelación especial. Los demás sistemas éticos, elaboran normas de conducta que son producto del raciocinio humano, y representan la mejor racionalización con relación a las circunstancias o al problema con que tratan. Aunque el cristiano tiene raciocinio y debe utilizarlo al máximo, su autoridad final está en una fuente ajena y superior a él.

1. La revelación. En la Biblia, que es el registro de la revelación de Dios, encontramos los principios éticos de Dios para su pueblo. La Biblia habla claramente con referencia a muchas facetas del comportamiento humano. Pero hay campos donde no hay un mandamiento positivo ni prohibición específica con relación a un acto determinado. En estos casos buscamos los principios en la Biblia, y los seguimos en forma consecuente.
2. La humanidad. La Biblia nos habla del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Creado como un ser libre y por lo tanto también responsable de sus elecciones. La libertad conlleva responsabilidad.
3. La escatología. Sabemos que este mundo es temporal. Que lo que no se ve es lo que va a permanecer y esto es lo que distingue a la ética de los cristianos, que está basada en un Reino invisible. La ética cristiana es ética teológica y no ética antropológica en la que es el esfuerzo humano el que determina la bondad de un acto.

Fuente de autoridad de la ética cristiana

1. La Biblia como fuente de autoridad. Los bautistas decimos que la Biblia es nuestra única regla de fe y práctica. En esto tenemos que prestar mucha atención porque la Biblia en muchas oportunidades da ejemplo de lo que no se debe hacer.
2. El Espíritu Santo como fuente de autoridad, en la toma de decisiones éticas nos guía a toda verdad.
3. La conciencia. Hay que tener sumo cuidado porque el hecho de que la conciencia no nos acuse no es señal de que no estamos pecando. En ocasiones la conciencia nos puede jugar una mala pasada. En estos casos en el Espíritu Santo el que nos ayuda a discernir la voluntad de Dios para nuestras vidas.
4. La iglesia como fuente de autoridad. En el caso de la iglesia Católica Romana, se ve que es guía en cuestiones de doctrina forma la opinión de sus fieles con una fuerza rectora que no se ve en nuestras iglesias. Pero también tenemos que tener en cuenta que se puede dar el caso de que una iglesia que no sea Católica también forme a los miembros de su congregación de una manera parecida a la antes mencionada.
5. La tradición, ya sea en el ámbito Católico como en el Evangélico nos dejamos llevar en mayor o menor medida por la tradición, lo cual no está mal siempre y cuando no interfiera con lo que el Espíritu Santo quiere hacer en la iglesia.

La Ética del Antiguo Testamento

Limitaciones de la ética del Antiguo Testamento

1. Revelación de Dios incompleta. Faltaba la perfecta revelación en Jesús. Los judíos no podían separar entre el pecado y el pecador. El Antiguo Testamento contiene los cimientos de la ética que Jesús propone en el Nuevo Testamento. Aún así las normas morales, como por ejemplo en cuanto al trato que se les proporcionaba a los esclavos, era superiores a la de sus vecinos.
2. Cierta favoritismo para los judíos. Dt 23:19-20
3. Dios extremadamente severo con los pueblos que no eran judíos. Aniquilación de los cananeos, Dios endureciendo el corazón del Faraón, etc.

Contexto religioso en el que surge el cristianismo

El cristianismo no comenzó ni se desarrolló en un vacío religioso en el que los hombres se hubieran encontrado como páginas en blanco, esperando algo en que creer. Por el contrario, la nueva fe en Cristo tuvo que abrirse camino entre las atrincheradas creencias religiosas que habían existido durante siglos. Muchas habían degenerado en débiles supersticiones e insulsos rituales; en tanto que otras eran relativamente nuevas y vigorosas. En general podemos referirnos a cinco distintos tipos.

- El panteón Greco-Romano

El animismo (creencia en los espíritus) era la religión primitiva de Roma en los antiguos días de la república. Cada campesino adoraba los dioses de su cortijo y de su fogón, los cuales personificaban para él las fuerzas con las que tenía que tratar en el curso de su vida diaria. Había dioses del bosque y del campo, dioses del firmamento y de los ríos, dioses de la siembra y de la cosecha, y todos recibían adoración en su sitio y en su temporada.

La adoración de los dioses griegos había empezado a declinar en el tiempo que apareció Cristo.

Otro factor contribuyó a la destrucción de la antigua reverenda hacia los dioses; hasta este tiempo no habían sido uniformemente adorados en todas las ciudades, sino que cada una aisladamente, o las de un distrito político colectivamente, tenía su patrón.

Cuando la ciudad cabecera de una región caía ante la potencia militar de Roma, surgía naturalmente la pregunta: "¿Por qué el dios de esta ciudad no protegió a sus habitantes?" Los pueblos vencidos abandonaban su fe en los dioses que a causa de su mucha debilidad o de su mucha inconstancia, no les habían ayudado.

- La adoración de al emperador

El culto imperial no fue establecido arbitrariamente. Creció progresivamente a causa de las numerosas atribuciones de honores divinos al emperador. Además del deseo de centralizar la unión de todo el pueblo en su persona. No fue sino hasta el tiempo de Domiciano, al final del primer siglo, que un emperador reinante intentó obligar a sus vasallos a que lo adoraran.

No cabe duda que la adoración del emperador era de mucha importancia para el Estado. Unificaba el patrimonio y la religión, y convertía de deber religioso en la base sustentativa del Estado. Era el totalitarismo del siglo I.

- Las religiones de misterio

Ni la religión del estado ni la del emperador resultaron plenamente satisfactorias. Ambas era observadas por medio de sacrificios rituales; ambas eran sostenidas por la colectividad más que por los individuos aisladamente; pero ninguna de ellas ofrecía tranquilidad y fuerza personales en los momentos opresión y de angustia.

Las religiones de misterio colmaron ese deseo. El culto de Cibeles, la Gran Madre, vino de Asia; el de Isis y de Osiris o Serapis, de Egipto; el Mitraísmo (adoración del sol) se originó en Persia. Aunque todas diferían entre sí en origen y en detalles, eran semejantes en algunas características generales. Cada una de ellas estaba centrada en un dios que había muerto y resucitado.

Las religiones de misterio satisficieron el anhelo individual de inmortalidad e igualdad social.

Contexto filosófico en el que surge el cristianismo

La filosofía nunca dependió de una revelación hecha por Dios. Admite como hecho básico la potencia del ser humano para entender su propio mundo y decidir su propia suerte.

- Platonismo

Platón enseñó que el mundo real era el mundo de las ideas, de las cuales la idea del Bien era la cúspide. Con la separación entre el mundo sensorial y el que nos ofrece la razón, Platón divide la realidad en dos grandes ámbitos; el mundo visible o sensible, que nos es verdadero; y el mundo inteligible o mundo de las ideas, que es el verdadero. Este pensamiento dualista (tendencia a suponer que las cosas se explican por la existencia de dos principios irreductibles el uno al otro.) generó una actitud de escape de lo irreal a lo real. El conocimiento era la salvación, la ignorancia pecado.

- Gnosticismo

Sistema que prometía la salvación por medio del conocimiento. Parece ser que estas ideas negaban la plenitud de la divinidad de Jesús, lo cual hace que Pablo les escriba a los hermanos de Colosas una advertencia que quedó registrada en Colosenses 2:8.

- Neoplatonismo

Su creador fue Plotino (204-296) fue influido por las ideas platónicas, sobre todo en cuanto al dualismo. Consideraba que el espíritu es el bien y el cuerpo inseparable del mal. La salvación consiste en eliminar completamente los deseos corporales. Para el neoplatonismo la unión de Dios con la carne era inconcebible. La doctrina de la expiación sería innecesaria ya que ningún acto material puede tener efecto sobre el espíritu.

- Epicureismo

Su creador fue Epicuro (341-270 a.C.) Consideraba al mundo como producto de la casualidad por lo tanto no había lugar para el propósito ni para el designio. No acepta ningún bien final absoluto. Desechaba todo pensamiento acerca del pecado o de la responsabilidad en un juicio final. En Hechos 17:18-32 se rieron de Pablo porque les predicaba a Jesús y la resurrección.

- Estoicismo

Fundado por Zenón (340-265). No reconocía un Dios personal sino que decía que el mundo estaba dirigido por una razón absoluta. La razón se convierte en el supremo bien. El perfecto dominio de sí mismo era la meta del estoico. El universo tiene que aceptarse, no cambiarse.

- Escepticismo

Pirrón de Elis (365-295) fue el primero de los escépticos. El sostenía que “si el conocimiento descansa sobre la experiencia no puede haber una meta final porque la experiencia de cada hombre difiere a la de sus semejantes. A menos que se encuentre un punto de partida para el razonamiento ningún criterio de juicio es válido y lo que llamamos verdad no existe.

La ética de Jesús

El judaísmo dentro del que nace el cristianismo había adoptado una característica legalista.

Jesús hizo énfasis en los principios básicos de la relación entre Dios y el ser humano.

- Pilares de la ética de Jesús

1. Mateo 22: 37-39 (citó Dt 6:5 y Lev 19:18)
2. Mateo 5:48

- Relación entre religión y ética

1. La ética de Jesús es una ética basada en la experiencia religiosa. Énfasis en el nuevo nacimiento
2. Nuestra base para pedir un comportamiento ético o aconsejar viene de ser seguidor de Jesús y de su ejemplo mismo.

3. Condenó a los Fariseos, centró su atención en la esencia del ser humano y su relación con Dios, en lo interior, en lo que motiva el accionar de la persona y no en la acción misma
- Características de la ética de Jesús
 1. Una ética no sistemática. Es la relación cotidiana con las personas Jesús vertía sus enseñanzas. Quizá fue una reacción a la religión de la época que se había convertido en obstáculo para llegar a Dios.
 2. Ética con enfoque interno. Considera el motivo de nuestro comportamiento. Jesús consideraba el asesinato. El adulterio el robo y el falso testimonio como actos que merecen condenación y castigo. Pero él intentaba resolver el enojo, la lascivia, la codicia antes de que se convirtiesen en tales actos.
 3. Una ética positiva. “Lo que aborreces no lo hagas a nadie” era una máxima entre los judíos, Jesús da a conocer la forma positiva en Mt 7:12. Él nos manda a tomar la iniciativa.
 4. Ética con recompensa para el presente y el futuro. Mt 25:34; 40. La ética de Jesús no es “el opio de los pueblos”

Ética médica-ética del médico

Los diversos códigos y textos de ética médica, tanto los históricos como los contemporáneos, ofrecen una mezcla indiscriminada de las dos formas de ética, que aunque a primera vista parecen sinónimos, la reflexión sobre su sentido preciso revela que se trata de dos cosas distintas.

La ética médica incluye todo lo relacionado específicamente con la medicina (objetivos, alcances, limitaciones) y nada más.

La ética del médico, en cambio, abarca el comportamiento moral del individuo, no tan sólo como profesional de la medicina sino como un ser humano, lo que se conecta con su posición general frente a la vida, su religión, sus tradiciones y costumbres y, por lo tanto, con la ética general o normativa.

Para continuar, se deben tomar en cuenta los tres objetivos principales de la medicina:

1. Preservar la salud, curar, o cuando no se pueda, aliviar.
2. Siempre consolar y acompañar al enfermo.
3. Evitar las muertes prematuras e innecesarias.

Los tres objetivos pueden condensarse en uno solo:

“Lograr que los hombres y mujeres vivan jóvenes y sanos toda su vida y mueran lo más tarde que sea posible”.

Así mismo, repasar los deberes del médico frente a la Ley:

1. No proporcionar muerte mediante actos que la promuevan.
2. Tampoco es su deber proporcionar tratamientos heroicos.
3. No contravenir los deseos del paciente o de la familia.
4. Omisiones que no sean de mala fe, aceptables de acuerdo con estándares médicos.
5. Limitaciones técnicas circunstanciales (es la enfermedad o el médico quien causa la muerte).

Después de estas acotaciones se puede reflexionar sobre el tema motivo de este ensayo.

Suicidio asistido y eutanasia

El suicidio es el acto voluntario de quitarse la vida con o sin ayuda externa, mientras que la eutanasia no es autoinfligida y tampoco requiere la voluntad del sujeto que

fallece como consecuencia de ella, aunque puede llevarse a cabo por su propia solicitud. Esta diferencia no es trivial, tanto para el marco legal como al de la ética médica.

A continuación se planteará por separado: primero a los aspectos legales y después a los de ética médica. No se mencionará la postura religiosa sobre el tema por dos razones.

“Está ampliamente presentada por los que comulgan con ella, siempre con carácter reprobatorio, en la gran mayoría de los textos de ética médica vigentes”.

La opinión precedente proviene del libro de ética médica laica del Dr. Ruy Pérez Tamayo, escrita, según

200 Medicina Universitaria Volumen 8, Núm. 32, julio-septiembre, 2006

manifiesta, a partir de: *“la convicción de que los conceptos religiosos no son racionales (pertenecen a otra esfera intelectual)*

*y sólo agregan confusión al tema, al hacer participar en los juicios médicos, tradiciones y creencias no relacionadas con los objetivos de la medicina”.*²

Suicidio, eutanasia y la ley

En México y en muchos países de Occidente el suicidio asistido y la eutanasia son crímenes calificados como homicidio que se persiguen de oficio. Hay otros países en donde las cosas no son así o están en proceso de cambio. Se citan varios ejemplos para ilustrarlo.

En diciembre del año 2000 el Congreso Holandés aprobó, por 104 votos a favor y 40 en contra, una Ley que permite la eutanasia en las siguientes circunstancias:

a) Los individuos mayores de 16 años que sufren dolores intensos e intratables pueden solicitar que el médico termine con su vida.

Para proceder de esta manera, el médico debe tener la opinión de otro colega y asegurarse (por medio de solicitudes reiteradas) que esa es la voluntad del paciente.

En Suiza cinco de cien personas reciben ayuda para suicidarse proporcionada por una sociedad llamada EXIT, cuyos miembros nunca han sido acusados.

En Inglaterra, Dinamarca, Alemania y Austria se aceptan los testamentos vivientes en los que se pide a los médicos no prolongar la vida de los testamentados en casos de agonía. Holanda, Suiza, Inglaterra y Alemania son países del Norte de Europa, sajones, protestantes y muy distintos a los mexicanos.

En la legislación mexicana, el consentimiento del paciente no legitima la acción de quien lo priva de la vida o permite que la muerte ocurra, teniendo el deber de impedirlo, pero el delito suele considerarse con cierta benevolencia penal.

La eutanasia de cualquier tipo (activa, pasiva, asistida) es un homicidio, delito que en el Código Federal se define como “privar la vida a otro” (artículo 302) y de acuerdo con las diversas circunstancias se castiga con penas que van de dos a sesenta años de prisión (la muerte en un duelo recibe la pena menor), el homicidio simple de 12 o 24 años y la muerte con premeditación, alevosía y ventaja es todavía mayor.

Suicidio asistido: la sanción es menor a la aplicable al homicidio simple (cuatro a doce años de prisión), pero, en cambio, en los nuevos códigos penales de los estados de Tabasco y Morelos la referencia es al homicidio consentido, definido como privar la vida a otro por petición expresa, libre, reiterada, seria e inequívoca de éste, en ambos códigos penales; mientras en el de Tabasco se agrega la exigencia “siempre que medien razones humanitarias o de salud”.

A semejanza con Colombia, la Ley en México toma en cuenta los motivos del homicidio consentido, aplicándoles una sanción menor que otras formas del mismo, pero sorprende que cuando la muerte de un individuo ocurre como consecuencia de un duelo (que también es un delito), en el que los motivos del homicidio no pueden

calificarse como humanitarios o nobles, se aplica la pena menor de todas (dos años de prisión).⁴

El suicidio asistido, eutanasia y la ética médica

En términos generales deben distinguirse dos formas de eutanasia, la activa y la pasiva; el suicidio asistido es una variedad de eutanasia activa. La diferencia entre las dos formas estriba en que en la eutanasia activa el paciente terminal fallece como consecuencia directa de una acción intencionada del médico, mientras que en la eutanasia pasiva la muerte del enfermo se debe a la omisión o suspensión por el médico del uso de medidas que podrían prolongarle la vida.

Naturalmente no es necesario ser médico para practicar eutanasia pero, con frecuencia, el médico está involucrado en situaciones en las que debe tomar una decisión al respecto.

Desde el punto de vista legal la eutanasia activa es un delito. No existen cifras estadísticas sobre la frecuencia con que se practica en el ejercicio cotidiano de la profesión, excepto en Holanda y en Suiza; sin embargo, un profesor de anestesiología de la Universidad de California comentó a un reportero del periódico *New York Times* “se hace todo el tiempo...”, un médico mexicano escribió que en este país... “por lo menos en las instituciones de beneficencia o de medicina institucional (la eutanasia) es práctica común...” y un autor tan serio como D. Workin connotó: “...miles de doctores han estado recetando dosis letales de drogas analgésicas a pacientes terminales, cuyas familias conocen y les tienen confianza, para acelerar la muerte”.

Desde el punto de vista de la ética médica (o por lo menos, anunciados en su nombre) los pronunciamientos en contra de la eutanasia en el medio son los más comunes; dos ejemplos de ello lo ilustran:

“Un hospital privado considera no ética la práctica de la eutanasia, bajo ninguna circunstancia o presión, solicitud del paciente, de la familia o allegados, ni aún en casos de enfermedad avanzada incapacitante total o en pacientes de extrema gravedad”, añadiendo:

“El médico, invariablemente, está comprometido a salvaguardar la vida y, por lo tanto, no le es permitido atentar contra ella. Favorecer una muerte digna implica ayudar al enfermo a sufrir lo menos posible; ofrecerle la mejor atención médica disponible; estar a su lado con un verdadero acompañamiento humano y espiritual e intentar ayudarlo a encontrar un sentido plenamente humano a los sufrimientos que no se pueden evitar”.

Respecto al primer pronunciamiento no puede decirse nada, ya que no se dan razones para justificarlo; simplemente se trata del enunciado de una política institucional, como también podría serlo “no se aceptan tarjetas de crédito”.

El segundo texto presupone dos principios no documentados y discutibles: 1) “el médico siempre está comprometido a conservar la vida y tiene prohibido atentar en su contra” y 2) “el sufrimiento inevitable tiene un sentido plenamente humano que el paciente desconoce y debería encontrar”.

En la opinión del Dr. Ruy Pérez Tamayo, *“el médico no está de ninguna manera siempre comprometido a conservar*

la vida, cualquiera que ésta sea, sino sólo aquella que el paciente enfermo considere tolerable por sus sufrimientos y digna para su persona; la obligación ética del médico, añade, es evitar las muertes prematuras e innecesarias, pero no las inevitables y benéficas. Parece perverso y definitivamente sectario seguir sosteniendo en pleno siglo XXI el mito judeo-cristiano primitivo que le asigna al dolor físico intolerable y a otras

formas horribles de sufrimiento terminal, como la asfixia progresiva y creciente del enfisematoso o al terror a la desintegración mental del paciente con Alzheimer, un sentido plenamente humano. La frase está vacía de contenido objetivo y no es más que un eslogan de mercadotecnia religiosa, aceptable sólo para aquellos previamente condicionados a vivir en función de los dogmas aprendidos en su primera infancia, cuando todavía no habían desarrollado su capacidad crítica individual”.

Aparte de la invariable cita del juramento Hipocrático

“no daré droga letal a nadie aunque la pida ni le haré una sugerencia de este tipo... y de otros códigos que reiteran la obligación del médico de preservar la vida humana, pero sin ofrecer argumentos específicos para ello, ocasionalmente se señalan las siguientes dos objeciones médicas racionales a la eutanasia:

1) La solicitud de un paciente para que el médico termine su vida puede ser el resultado de una depresión transitoria, que puede desaparecer cuando el enfermo mejora o se alivian el dolor y sus molestias, y:

2) Es muy difícil para el médico estar completamente seguro de que un enfermo terminal no puede salir adelante, aunque sea por poco tiempo, en condiciones que le permitan disfrutar de sus seres queridos o actuar y tomar decisiones relacionados con su propia vida y sus intereses.

Ambas objeciones son reales y deben tomarse en cuenta, ya que plantean la necesidad de que el médico conozca muy bien a sus enfermos, que tenga los diagnósticos correctos y que haya realizado todos los esfuerzos terapéuticos a su alcance para evitarles sufrimientos

y, también, porque subrayan la existencia de la incertidumbre que acecha a todos los actos médicos, del peligro de confundir un juicio del médico sobre la realidad, con la realidad misma.

En tales circunstancias, el médico puede hacer dos cosas: desatender los deseos del paciente y de sus familiares

y continuar intentando disminuir sus dolores y sus molestias, en contra de la voluntad expresa de ellos (pero a favor de la conciencia), o bien ayudar al enfermo a morir con dignidad (pero cometiendo un delito penado por la Ley).

Hay que conocer ahora la opinión calificada de un grupo de connotadas personalidades que fundaron en Inglaterra la Sociedad de Eutanasia Voluntaria. El año de 1935 Julian Huxley, George Bernard Shaw, H.G. Wells entre otros, emitieron opiniones que fueron avaladas y publicadas posteriormente en uno de los documentos más elocuentes a favor de la eutanasia, el año de 1947, firmado por 40 personajes eminentes, entre ellos tres recipiendarios del premio Nobel, Linus Pauling, George Thompson y Jaques Monod, de los cuales se citarán fragmentos como:

202 Medicina Universitaria Volumen 8, Núm. 32, julio-septiembre, 2006

“Los abajo firmantes declaramos nuestro apoyo, basados en motivos éticos, a la eutanasia benéfica... Mantenemos que es inmoral tolerar, aceptar e imponer sufrimientos innecesarios... Creemos en el valor y en la dignidad del individuo. Ello exige que sea tratado con respeto y, en consecuencia, que sea libre para decidir sobre su propia muerte... ninguna moral racional puede prohibir categóricamente la terminación de la vida si ha sido ensombrecida por alguna enfermedad horrible... Es cruel y bárbaro exigir que una persona sea mantenida en contra de su voluntad, rehusándole la liberación que desea, cuando su vida ha perdido toda dignidad, belleza, sentido y perspectiva de porvenir...”.

Puesto que todo individuo tiene el derecho a vivir con dignidad... también tiene el derecho a morir con dignidad.

Creemos, concluyen los firmantes, “que la sociedad no tiene necesidad ni interés verdaderos en hacer sobrevivir a un enfermo condenado en contra de su voluntad y que el derecho a la eutanasia benéfica, mediante procesos adecuados de vigilancia, puede ser protegida de los abusos”.

Es oportuno comentar que, a pesar de esta elocuente petición, la eutanasia en Inglaterra no está autorizada, como en Holanda o Suiza.

El debate contemporáneo sobre el suicidio asistido y la eutanasia continúa como claro ejemplo de las dificultades

que a veces existen para distinguir entre los aspectos legales, éticos, morales y humanitarios.

El debate en relación con el suicidio asistido y la eutanasia es uno de los dilemas más controvertidos, tema central de la exposición que concluyó relatando el caso y el proceso legal en contra de Jack Kavorkian, un patólogo norteamericano jubilado, quien entre los años 1990 a 1998 ayudó a morir a 93 personas usando una “máquina de suicidio” de su invención, bautizada como “Mercitron”, que una vez conectado a ella permite que el paciente se inyecte, a sí mismo, una dosis adecuada de una droga letal.

En 1998 llevó a cabo eutanasia voluntaria (no suicidio asistido) en una paciente que sufría esclerosis lateral amiotrófica avanzada, que le impedía inyectarse a sí misma la dosis letal. El Dr. Kavorkian filmó la escena y envió el video al programa “60 minutos” de la estación de TV, CBS, que permitió a millones de personas contemplar la escena.

El Dr. Kavorkian fue acusado, por quinta vez, de homicidio en primer grado y esta vez declarado culpable y, a purgar una condena de 10 a 25 años de prisión.

En el veredicto se señaló que el juicio no se refería a los aspectos políticos o éticos de la eutanasia, sino a la violación de la Ley.

“El juicio es sobre la falta de respeto a una sociedad que existe debido a la fuerza de su sistema legal, le dijo la juez a Kavorkian. Nadie, señor, está por encima de la Ley, nadie. Usted tuvo la audacia de aparecer en televisión a nivel nacional, de mostrar al mundo lo que hizo y de retar al sistema legal a que lo detuviera. Pues bien, señor, considérese usted detenido”.

CONCLUSIONES

Durante las últimas décadas se ha promovido, aceptado y respetado que los pacientes (mentalmente competentes) ejerzan el derecho y la responsabilidad de aceptar o de rehusar los tratamientos propuestos por su médico.

El respeto a la autonomía del paciente no implica que todas o algunas de sus decisiones deban ser honradas.

El derecho del paciente a rehusar un estudio diagnóstico, un tratamiento médico o quirúrgico no deseado, debe ser siempre respetado, **pero ese derecho y esa decisión están limitados por los requerimientos de una buena práctica médica, por las obligaciones profesionales y legales del médico responsable mientras el paciente permanezca bajo su cuidado, a efecto de evitar acciones susceptibles de causarle daño, aún si el paciente, adecuadamente informado, lo desea y persiste en solicitarlo.**

La imagen de autonomía de los pacientes se ha expandido en forma gradual, hasta el punto de que virtualmente toda decisión deba ser aceptada a pesar de sus consecuencias. De igual manera, ha crecido la idea de que “los derechos del paciente incluyen el derecho a morir”, lo que algunos proponen, implica que a los médicos se les permita u obligue a proveer asistencia a los pacientes que activamente desean terminar su vida. Este cambio de actitud en diversos segmentos sociales de algunos países desarrollados, altera de manera importante los principios básicos

SUICIDIO
TEOLOGÍA MORAL
SUMARIO

I. *Caracteres actuales del fenómeno.*

II. *Interpretación de las ciencias positivas:*

1. Sociología;

2. Psicología.

III. *Enfoque tradicional del problema.*

IV. *La reflexión ética actual:*

1. El problema;

2. Ubicación del tema dentro de la nueva problemática sobre el derecho a vivir y a morir:

a) El suicidio filosófico,

b) El suicidio por amor,

c) La eutanasia.

V. *Perspectivas.*

La noticia de una persona conocida que se quita la vida constituye una inquietante pregunta para los que siguen viviendo. ¿Qué sentido tiene ese gesto? ¿De qué motivación ha surgido? ¿Qué mensaje contiene? Casi siempre el suicida logra hacer que surja un sentimiento de profunda inquietud y de culpa en el que sobrevive, porque replantea de modo dramático el problema de la existencia.

Ante tales interrogantes se buscan respuestas, que en parte intentan sondear la misteriosa intimidad de la víctima y en parte tienden a tranquilizarse a sí mismo. La filosofía y la reflexión ética han expresado tradicionalmente una valoración abstracta del fenómeno, considerándolo desde un punto de vista objetivo como algo moralmente ilícito. La aproximación al fenómeno mediante los instrumentos de la psicología y de la sociología desde hace algún tiempo han alterado las respuestas inmediatas, pero también las reflexiones abstractas. Sin embargo, el aspecto que hace hoy más actual el fenómeno del suicidio está estrechamente ligado a las transformaciones culturales relativas al significado de la vida y de la muerte.

La investigación moral en cuanto "re-flexión", es decir, vuelta sobre la realidad, no puede separarse de los fenómenos sociales y de las interpretaciones culturales de nuestro tiempo, puesto que tales fenómenos cambian la imagen que el hombre tiene de sí, de sus derechos y deberes, comprendidos los inherentes a la realidad del vivir y del morir. Esto significa que sólo podemos reflexionar de modo válido desde un punto de vista ético, partiendo de la base de un adecuado conocimiento del fenómeno a través de los datos de la ciencia positiva.

I. Caracteres actuales del fenómeno

Puede parecer poco útil una aproximación fenomenológica al suicidio. Éste se encuentra tan ligado a factores y elecciones personales, que encuadrarlo en los esquemas de la sociología o de la psicología parece surtir sólo el efecto de una generalización que no puede explicar de ningún modo el drama concreto. En realidad, las indicaciones estadísticas no trivializan los dramas particulares en una brutal superposición, sino que los iluminan de modo diverso, ayudando a superar las recriminaciones apresuradas y los prejuicios fáciles.

La fiabilidad de los datos se ha puesto a menudo en discusión: ante todo porque no siempre es fácil establecer si se ha tratado de una desgracia o de un suicidio, especialmente si el difunto no ha dejado comunicaciones escritas que atestigüen su

intención de quitarse la vida; pero sobre todo a causa del sentido de culpa y de vergüenza que despierta el suicidio; en efecto, cuanto más cerrada y tradicionalista es una región, tanto más se ocultan los datos sobre el suicidio. Por consiguiente, las estadísticas sólo pueden servir en parte, si se las utiliza como términos de confrontación con otras regiones; en cambio conservan validez, incluso en caso de subestimarlas, si se las usa para estudiar el fenómeno dentro de una misma región.

En lo que se refiere al fenómeno a escala mundial, según la estima de la Organización Mundial de la Salud (OMS) de 1975, se quitarían la vida unas mil personas al día y cerca de medio millón al año.

Por encima de los datos particulares y de su consistencia numérica, hay algunas constantes que encontramos en todos los países occidentales. Por ejemplo, respecto al sexo, son más los hombres que las mujeres los que se suicidan, mientras que son más las mujeres que intentan el suicidio que los hombres. Por orden de edad, aunque hoy la diferencia tiende a reducirse, es más elevado el suicidio entre los ancianos que entre los jóvenes, mientras que el intento de suicidio es más frecuente en los jóvenes con relación a los ancianos. Contrariamente a una opinión según la cual "la miseria protege", como escribió Durkheim en 1897, el suicidio -observa P. Baudry (*Fattori vecchi e fattori nuovi in materia di suicidio*, 1929) no es un lujo de las personas ricas o famosas, sino que significa la miseria de los débiles, es decir, de los debilitados. De hecho, en los intentos están sobrerrepresentados los desempleados, los que no tienen profesión y los inválidos; obreros y empleados andan cerca de la media, mientras que los funcionarios y las profesiones liberales están infrarrepresentadas. Hay que notar que no es sólo la pobreza económica lo que es determinante; no se puede, por ejemplo, deducir normas generales del hecho del desempleo o de situaciones de crisis.

Un aspecto decisivo parece ser el aislamiento; pobre o acomodado, es el individuo en estado de soledad el que se suicida. A este propósito otra constante dice que el suicidio es tanto más frecuente cuanto más disminuye la dimensión de la comunidad de residencia. Contrariamente a lo que ocurría en el siglo pasado, el suicidio tiene lugar hoy con mayor frecuencia en el campo que en la ciudad.

Otros factores parecen confirmar la misma constante; ante todo, en lo que atañe a las condiciones de vida, los viudos, los divorciados y los célibes se matan más que los hombres casados del orden de cinco, tres y dos veces. Es además determinante la presencia de niños: al multiplicar las relaciones, constituyen un disuasor contra el suicidio. Finalmente, el tiempo mismo -estaciones o días de la semana- en que tienen lugar los suicidios parece estar determinado por factores de mayor o menor socialización; por ejemplo, están infrarrepresentados los meses de vacaciones y los fines de semana, señal de que un mayor intercambio reduce el estado de aislamiento y la tendencia suicida.

II. Interpretación de las ciencias positivas

1. SOCIOLOGÍA. Es útil ver cómo interpretan las teorías sociológicas los datos estadísticos. En su tiempo Durkheim, en la obra *Le suicide* (1897), distinguía tres tipos de suicidio: suicidio egoísta, señal de debilitamiento de los lazos sociales; es decir, al no estar lo bastante vivo el sentimiento de solidaridad, con lo que se debilita la intensidad y la vitalidad de los grupos, se sigue una afirmación excesiva del yo individual. Suicidio altruista, donde el exceso de integración del individuo puede causar la muerte voluntaria, como en el caso de la esposa que sigue la suerte del marido difunto o del anciano que se deja morir. Suicidio anómico: corresponde a momentos de profundo cambio, en los cuales la existencia colectiva se resquebraja en un estado de exacerbación ilimitada de las necesidades. En sustancia, según Durkheim, el suicidio

está en relación con el grado de integración social de un determinado grupo o de una sociedad.

Intentando establecer el grado de integración, Gibbs y Martin han modificado la teoría de Durkheim en el sentido de la teoría de la integración en el status. En la sociedad una persona desempeña roles diversos; cuanto más fuerte es el conflicto que surge entre esos roles en la fase de integración en una imagen de status, tanto más elevada es la probabilidad de un caso de suicidio. Conflictos entre roles, choque entre posiciones diversas, contradictorias y no integrables tienen como efecto favorecer el suicidio.

Mejor que seguir el desarrollo de las varias teorías, es preferible reunir algunos datos establecidos. Siguiendo la investigación citada de P. Baudry, el notable aumento del número de suicidios en los jóvenes, su sobrerrepresentación entre las tentativas, lo destacado del índice de suicidio de los ancianos, el carácter desencadenante de dramas familiares (muerte del cónyuge, divorcio, celibato forzoso), todo esto puede comprenderse en función de cambios difíciles que es preciso realizar. Se puede pensar que se produce el suicidio cuando el cambio se impone y se lo rechaza: tendríamos entonces un mecanismo de fuga; pero también se puede decir que se produce el suicidio para modificar un estado de cosas y acelerar un cambio. Particularmente el suicidio y su intento en los jóvenes pueden prestarse a esta lectura. Del mismo modo, el suicidio del anciano puede entenderse no tanto como la voluntad de acabar, cuanto más bien como una especie de exasperación del estado de muerte social padecido.

Así pues, existe una profunda relación entre el yo la sociedad, entre el cuerpo propio y el cuerpo social. "El cuerpo marginado, privado de compromiso social en un intercambio social, afectivo; el cuerpo patológico, es decir, el cuerpo que sufre, constituye una condición de vida insostenible, manifiesta la dificultad de un paso que no puede darse en un marco social. Paradójicamente -pero el suicidio es indudablemente un proceder eminentemente paradójico- es posible que se trate de matarse para conquistar un reconocimiento corporal. Se ve aquí la ambivalencia de una práctica que, morbosa en apariencia, quizá sea la expresión interna de un deseo de vivir" (BAUDRY, 29).

2. PSICOLOGÍA: Una notable contribución al conocimiento de la realidad del suicidio viene de la psicología. La lectura psicológica del fenómeno parte de la perspectiva subjetiva, del interior de la historia de la persona, y pone ulteriormente en crisis la idea tradicional que no dudaba de la responsabilidad moral del sujeto. Incluso se corre en psiquiatría el riesgo contrario: el de ver el suicidio como una enfermedad fatal, antela cual los motivos que la desencadenan resultan irrelevantes, hasta el punto de descuidarlos en la consideración terapéutica. El gesto suicida sería, pues, el "término de una evolución morbosa" (E. Ringel). El descubrimiento de los motivos inconscientes y la posibilidad de sacarlos a la luz por medio del psicoanálisis (Freud, 1916) impide tanto un juicio moral apresurado como una actitud de resignación terapéutica.

Habitualmente el suicidio está motivado como fuga y liberación de un estado de angustia debido a sufrimientos presentes o previstos, como acto de desesperación por una resistencia estimada imposible, como gesto de expiación o como último acto de libertad. Otras veces el suicidio se entiende como gesto agresivo contra personas a las que se está ligado sentimentalmente -como padres, el hijo o hija propios=, presuntos culpables del sufrimiento. Hoy, sobre todo a propósito de los jóvenes o muchachos que se quitan o intentan quitarse la vida, sorprende la poca o nula importancia de los motivos aducidos: una mala nota en el colegio, la primera desilusión amorosa, un reproche de los padres, las dificultades de la vida militar. ¿Es posible que por cosas de tan escasa importancia haya de privarse del don inestimable de la vida?

La perspectiva clínico-psicopatológica pone de relieve el verdadero fondo del hecho del suicidio; no se detiene en las motivaciones que el suicida declara, sino que dirige su atención a las causas que dan origen a las tendencias suicidas. El resultado más interesante es que por lo regular el suicida no busca la muerte en cuanto tal, sino la solución de los urgentes problemas de la vida. Según H. Henseler (*Psicología del suicidio*, 49), "la autoagresión se inicia cuando se ve amenazada la relación con un objeto que es fuente de desilusión, pero que se vive como irrenunciable. Se trata, pues, no simplemente de un conflicto ligado a la agresión, sino de la salvación de una relación objetual. El furor hay que dirigirlo contra la propia persona de modo que no destruya tal relación".

Resumiendo, el material de la investigación empírica muestra claramente que la representación del hombre que rechaza, con libertad y un lúcido balance, una vida que se le ha vuelto intolerable o carente de sentido, no es verdadera en la mayoría de los casos. Los hombres que se arriesgan al suicidio se encuentran normalmente con dificultades externas o internas superiores a la media; están en una situación en la que paradójicamente querrían seguir viviendo, pero no pueden hacerlo en las condiciones presentes.

III. Enfoque tradicional del problema

La moral tradicional se ha ocupado del suicidio "directo", entendido como el acto por el que la persona se da directamente la muerte con libertad y conocimiento de causa. Si se mira la historia, encontramos una doble valoración del suicidio. Los estoicos formulaban en ciertos casos un juicio positivo; Séneca, por ejemplo, condenaba el suicidio cometido sólo por deseo de morir, mientras que lo aprobaba cuando era un gesto de dignidad y de valor. En cambio, fueron contrarios al suicidio en la antigüedad Platón, que veía en él un acto de insubordinación contra la divinidad (*Fedón*, 6); Aristóteles, que lo consideraba un acto vil, contrario al bien social (*Eth. Nic. III, 11; V, 15*); los neoplatónicos, que veían en el suicidio un impedimento a la plena liberación del alma y al cumplimiento en la vida terrena de la plena explicitación de las posibilidades del hombre.

Pero fue el cristianismo el que formuló de modo claro la condena del suicidio. Para los Padres, la afirmación de que la vida es un don de Dios y el hombre sólo su administrador lleva a la conclusión de que no se puede disponer libremente de ella; el suicidio es siempre un "autohomicidio". Por otra parte, los Padres refieren numerosos casos de suicidio perpetrados en momentos difíciles de la Iglesia para sustraerse a la maldad de los impíos. El caso de la anciana Apolonia o el de algunos cristianos como Nicomedia, referidos por Eusebio, son típicos al respecto. El juicio positivo expresado en tales situaciones ha llevado a alguno a pensar que la Iglesia primitiva equiparó el suicidio religioso con el martirio. En realidad, ese juicio está ligado al hecho de que aquí no se trata de una decisión orgullosa sobre la vida propia, sino más bien de un gesto realizado *nutu divino*, o sea, como respuesta heroica a una inspiración divina en una situación dramática.

San Agustín es el que trata más por extenso el tema, partiendo de la idea de que matarse es rechazar el dominio de Dios sobre nuestra existencia, y por tanto malo en todo caso. Agustín está al corriente de las excepciones famosas honradas por la Iglesia; pero aunque nosotros no podemos conocer el consejo de Dios, que puede haber llamado a algunas personas con una vocación particular, su comportamiento no constituirá jamás norma para la Iglesia.

Santo Tomás (S. Th., II-II, q. 65, a. 5) funda la ilicitud del suicidio en tres motivos. Ante todo en el hecho de que va contra la ley natural de la autoconservación y del amor de sí. En segundo lugar en la consideración, derivada de Aristóteles, de que todo

hombre es parte de un todo representado por la *communitas* en que está concretamente insertado; la vida humana tiene, pues, siempre significado y valor para los otros hombres; por lo que el suicidio es *iniuria communitati*. Últimamente la no licitud del suicidio se funda en el hecho de que el hombre no es el dueño de su vida, por lo que no le corresponde a él decidir sobre su fin. Darse la muerte se convierte entonces en -deserción individual de las tareas que nos esperan y que Dios nos ayuda a cumplir; -en deserción social de los servicios que estamos llamados a prestar a los demás; -en deserción religiosa del cometido que Dios nos ha fijado. Es, pues, un pecado gravísimo contra Dios, la sociedad y contra nosotros mismos.

Este planteamiento quedará sustancialmente inmutado también en la sucesiva exposición de los manuales. La Iglesia se ha expresado siempre de modo severo en este campo, y constantemente ha considerado el suicidio como un pecado particularmente grave, como "un contrasigno de la ausencia de la fe o de la esperanza cristiana" (Pío XII, *Discorsi e radiomessaggi*, Ed. Pol. Vat., Roma 1958, XIX, 774) y como un gesto que "lesiona en el más alto grado el honor del Creador" (GS 27). Además, últimamente la declaración sobre la eutanasia de la Congregación para la doctrina de la fe ha afirmado que "la muerte voluntaria, o sea el suicidio, es inaceptable, al igual que el homicidio" ("AAS" 72 [1980] 545).

Esto explica la severidad de las disposiciones canónicas con los suicidas, a los que se consideraba pecadores públicos, privados por el gesto mismo suicida de pedir perdón a Dios de su pecado. De ahí el rechazo de la sepultura eclesiástica, decretada por el II concilio de Braga (572) y mantenida casi hasta nuestros días (cf CIC de 1917, can. 1240, § 1, 3.º).

El nuevo CIC (1983) no enumera a los suicidas entre los excluidos de la sepultura eclesiástica y de la misa de exequias (cánn. 1184-1185). "El problema de la justificación o de la condena moral del suicida cae fuera del hecho de que se dé una sepultura cristiana a quien se ha quitado la vida. El grado de lucidez y de responsabilidad con que una persona comete suicidio es sumamente diverso de un caso a otro; sin embargo, los que en vida han sido miembros de la Iglesia pueden ahora ser sepultados todos con ritos cristianos. Con todo, sería conveniente celebrar estos ritos con una cierta flexibilidad, teniendo en cuenta las ambigüedades inherentes a las varias situaciones" (D. POWER, *Riti funebri per i suicidi...*, 113).

IV. La reflexión ética actual

1. EL PROBLEMA. En la valoración ética debemos, pues, distinguir más cuidadosamente que en el pasado el plano de la valoración abstracta y el aspecto existencial concreto. Al tratar la problemática del suicidio los argumentos aducidos en favor y en contra permanecen a menudo abstractos e incompletos si no se los amplía con los conocimientos de las dimensiones patológicas y trágicas del fenómeno del suicidio. La responsabilidad del sujeto es relativa a su efectiva libertad. Pero la valencia subjetiva del fenómeno no quita que el hombre tenga el derecho y el deber de reflexionar, abstrayendo de las situaciones inmediatas, para preguntarse cómo se puede defender y realizar un determinado valor.

El argumento que la ética cristiana ha mirado siempre como fundamental para negar la licitud moral del suicidio lo ha constituido desde el principio la soberanía de Dios, creador y señor de la vida y de la muerte: el hombre es el administrador de su existencia, nunca su dueño, que puede ponerle fin a su antojo. En realidad, la Biblia refiere sin particular condena algunos suicidios, y a veces incluso alabándolos. Saúl y su escudero se traspasan con su propia espada para no caer en manos de los enemigos: 1Sam 31,3-5; Ajitofel se cuelga después del fracaso de su intriga política: 2Sam 17,23; Sansón hizo que el templo se derrumbara sobre él y los filisteos: Jue 16,23-31; el

sacerdote Razis es incluso alabado por haber elegido generosamente morir antes que caer en manos criminales y padecer ultrajes indignos de su cuna: 2Mac 14,37-46. Sin embargo, la tradición judeo-cristiana ha condenado siempre el suicidio como gesto en que el hombre se abroga unilateralmente un poder absoluto, sustrayéndose al diálogo con Dios.

No obstante, el argumento de la soberanía de Dios, que parece tan convincente y definitivo, si se lo analiza más a fondo aparece de hecho problemático para fundar un juicio apodícticamente negativo sobre el suicidio. Según B. Schüller (*La fondazione dei giudizi morali*, Cittadella, Asís 1975, 171ss), cuando se argumenta: Dios es el dueño de la vida y de la muerte, por tanto no el hombre, se habla de Dios y del hombre en términos unívocos y no análogos, con la consecuencia de que, sin darse cuenta, se concibe a Dios como un soberano humano. Entre los derechos de un soberano humano y los derechos de los súbditos existe una cierta relación de concurrencia: partiendo de los derechos del soberano se puede deducir inmediatamente qué derechos no tienen los súbditos. Pero la gramática teológica prohíbe sacar de ningún predicado de Dios conclusiones directas acerca del comportamiento del hombre. Si hablamos del amor de Dios y de la necesidad de obrar de acuerdo con él, hemos de traducir este compromiso sirviéndonos de las categorías humanas de solidaridad, benevolencia, etc. La soberanía de Dios es, pues, sólo una instancia dirigida a la responsabilidad del hombre. Por tanto, habrá que concluir que el problema ético no consiste en definir el suicidio como "malum in se", sino más bien en tomar conciencia del hecho de que el hombre, suscitado como ser creado y libre por Dios, debe administrar responsablemente el bien "vida" puesto en sus manos.

El hecho mismo de fundar la dignidad humana en la relación con Dios, sacando de ahí la consecuencia de la ilicitud de disponer de la vida propia, replantea a su vez el interrogante de si es posible sacar inmediatamente de una afirmación teológicosalvífica principios normativos. Se plantea el problema de si del "sí" dador de sentido que Dios dirige al hombre es posible deducir la prohibición de quitarse la vida, o si no es cometido del hombre descubrir por sí lo que es justo y tiene sentido.

Concluyamos con A. Holderegger (*Si ha diritto di scegliersi liberamente la propria morte?* 139): "Se podrá decir... que el suicidio se vuelve transgresión culpable en la medida en que es rebeldía voluntaria y negación arbitraria del sentido que es fundamento de la libertad humana, aunque luego queda el problema de si en situaciones críticas extremas no se puede devolver la vida al Creador". O sea, ¿es posible que la muerte sea una desgracia, pero que seguir viviendo en algunas circunstancias sea una desgracia mayor aún? Es ésta una pregunta que la cultura actual hace cada vez más dramática.

2. UBICACIÓN DEL TEMA DENTRO DE LA NUEVA PROBLEMÁTICA SOBRE EL DERECHO A VIVIR Y A MORIR. En la edad moderna la realidad de la vida es sustraída cada vez más a la consideración meramente biológica y se experimenta como realidad confiada a la responsabilidad del hombre, y por tanto a su libertad. El mismo progreso científico y técnico, al desmitizar la idea de la absoluta intangibilidad de la vida humana y de su fatalidad mediante la posibilidad de manipularla y de desplazar sus límites naturales, ha acentuado la disponibilidad de la vida humana en orden a la calidad de la misma, pero también en orden a la calidad de la muerte; la vida humana parece ser algo de lo que se puede disponer en principio. En esta situación, "la antigua cuestión ética del derecho al suicidio se ha emancipado de la problemática de los casos límite, y se ha ligado mucho más imperiosamente que antes al problema de si y hasta qué punto es sensato, en caso de limitarse la capacidad de hacer frente a las necesidades

fundamentales, seguir con una vida disminuida o que se va extinguiendo" (HOLDEREGGER, o. C., 130).

No se trata ya del problema abstracto formulado por el iluminismo, que consideraba el suicidio como "piedra de toque de la autonomía de la libertad", como posibilidad de "morir libres frente a la muerte", sino más bien del contraste entre una promesa de vida y una no vida de hecho. ¿Cuántos se sienten hoy a gusto en su piel? Esta situación es la que parece replantear hoy en términos nuevos y dramáticos algunas cuestiones clásicas: el suicidio filosófico, el suicidio por amor, la eutanasia.

a) El *suicidio filosófico*. Las posibilidades de condicionamiento y de manipulación de que goza nuestra sociedad colocan a menudo al individuo en la imposibilidad de vivir si no es dejando de vivir, o sea, renunciando a ser uno mismo y a ponerse como originalidad. Para una persona que no ha cultivado la relación con el Absoluto, frente al cual toda vida adquiere significado, la alternativa dramática puede ser ver la única posibilidad de ponerse como originalidad en el gesto suicida que se transforma de modo dramático en rechazo del carácter imperioso del condicionamiento. Y quizá sea la intuición de que a menudo el suicida no anda equivocado, porque revela de modo cruel nuestro desorden social, lo que crea una profunda sensación de turbación. Es una pregunta que la cultura actual hace cada vez más dramática y que suscita desde un punto de vista teórico el problema del derecho al suicidio, y desde un punto de vista práctico toda una serie de movimientos que defienden tal derecho.

¿Se le puede pedir a una persona que no ve ya el sentido de la vida que siga viviendo?
¿Se puede deducir del hecho de existir el deber de hacerlo? Ante la invocación del derecho a la muerte, la conciencia cristiana experimenta sin duda una sensación de embarazo y de inquietud; y es cierto que no existe un derecho a la muerte en el sentido de que en otros existiría el correspondiente deber de procurarla. Mas ¿cómo negar que para los que actualmente no consiguen ver en su vida una posibilidad de sentido, el suicidio pueda parecer la vía más lógica para expresar la propia autonomía frente a la falta de sentido y al condicionamiento social, aunque esta elección se produzca por el procedimiento trágico de la renuncia y de la fuga?

b) El *suicidio por amor*. Si a veces puede considerarse el suicidio la única salida para realizarse uno mismo, en algunas situaciones se ha realizado como único modo de vivir el amor al prójimo. En la fe en Cristo, que se hace solidario del pobre y del oprimido, el creyente comprende que el sufrimiento, la lucha no violenta, la oración tienen un significado y un poder de liberación más fuerte en su debilidad que el medio violento del suicidio. Pero evidentemente no se puede deducir de la fe la absoluta irracionalidad de un comportamiento vivido como deseo de liberación para los otros y como afirmación de la propia fe en el bien.

c) La *eutanasia*. Hoy, ante la posibilidad de la medicina de prolongar la vida en situaciones de sufrimiento extremo, se habla cada vez más de derecho a morir en paz. Esto no equivale a discutir el valor de la persona moribunda, sino más bien a preguntarse si constituye para ella un valor el seguir viviendo.

La moral tradicional, al aceptar la naturaleza como *medium* cualificado de la acción de Dios, resolvía la cuestión con la distinción entre medios ordinarios para conservar la vida (obligatorios) y medios extraordinarios (no obligatorios). Concretamente, el problema nace hoy de no permitir que la naturaleza siga su curso. Se trata entonces de ver cómo dar sentido y verdad a una vida que, en cuanto recibida del amor salvífico de Dios, conserva siempre un significado, pero que está por determinar concretamente en la situación particular.

La vida del hombre no es un mero acontecimiento físico, sino que adquiere su significado más profundo en cuanto historia de libertad. Si el interés viene dado por la

búsqueda de sentido de la vida, no se debe preguntar cuál es el medio que sirve para propugnarla de cualquier modo, sino cuál es el modo de hacerla más significativa, más humana, más vivible en cada momento. Afrontando el problema en esta perspectiva, no hay que juzgar de manera demasiado apresurada en sentido negativo todas las intervenciones que tienen por fin permitir o dar mayor serenidad y libertad, en una palabra, "espacio humano", al individuo, aunque tuviesen como consecuencia acortar la vida física del mismo. Es claro que el empleo de fármacos que pueden abreviar la vida no podrá hacerse siguiendo una praxis rutinaria, puesto que ciertas personas pueden soportar más que otras el dolor o conseguir darle un significado más profundo. El verdadero peligro está más bien en el hecho de que esta problemática es afrontada a menudo con criterios utilitaristas e individualistas.

V. Perspectivas

Así pues, el problema del suicidio parece plantear de modo dramático el tema de la existencia y de su significado dentro de las coordenadas de posibilidad y de condicionamiento de una sociedad dada. Ante este problema la reflexión filosófica no encuentra argumentos apodícticos para condenar siempre y en todo caso un gesto que a veces parece la única posibilidad de escapar a la falta de sentido de una vida que se ha hecho imposible para el sujeto o que, en algunas circunstancias, parece incluso cargarse de significados positivos.

La fe en Dios, señor que da la vida, más que demostración se convierte en llamada a administrar responsablemente el don recibido y a hacer perceptible su significado en cada situación. En el intento de indicar modalidades concretas de ello, es particularmente interesante la intuición citada por santo Tomás, según el cual el suicidio es "iniuria communitati". De hecho, al determinar los derechos y deberes, nuestra cultura occidental está atenta sobre todo a definir la autonomía, la libertad y la dignidad del individuo. En este sentido no se comprende por qué en algunas condiciones o circunstancias (antes recordadas) el hombre no ha de tener derecho a disponer de su vida. En cambio, si, como en la visión de santo Tomás, se considera a todo hombre parte de un único designio salvífico universal: recuperar este significado social, histórico y solidario de la persona -por el que cada uno, siempre y en cualquier situación, está constitutivamente ligado, como don recibido y ofrecido, a la familia humana entera-, el suicidio se convierte negativamente en el rechazo a cumplir este deber social e histórico, mientras que positivamente constituye un profundo interrogante formulado a nuestra cualidad de vida, que condena a un número cada vez más considerable de personas al aislamiento, a la soledad o, en cualquier caso, a la incapacidad de percibir el sentido mismo de la vida.

La pregunta, falsa y tendenciosa, en labios de Caín: "¿Acaso soy el guardián de mi hermano?" parece resultar hoy aceptable y legítima en labios del ciudadano de una sociedad impersonal y anónima. En nuestra sociedad el otro es el consumidor, el rival, el término de confrontación, un término de acercamiento insignificante y sin verdadero intercambio. Se ha establecido una distancia entre hombre y hombre que no permite ya percibir el significado de proximidad. Quizá tenemos aquí, como observa G. Angelini (Non uccidere: Per una rinnovata comprensione del quinto comandamento, en "RTM" 72 [1986] 33-45) el interrogante ético más importante de todo el argumento. Ya se ha advertido que el rechazo de la vida o la petición de morir encubre de hecho otra pregunta: la de vivir, o por lo menos la de no dejarle a uno morir, es decir, de no ser abandonado a una muerte vista como una agresión por parte de una potencia hostil y extraña, con la que no tendría sentido alguno luchar. Si no deseo consentir a esa trágica demanda, es preciso que de algún modo me empeñe en atestiguar nuevamente al otro la permanencia de mi presencia, la promesa de vida que tal presencia intenta expresar.

"Ciertamente no se puede olvidar la distancia objetiva que las relaciones sociales introducen entre el individuo y el socio. Pero esa distancia no puede entenderse como si suspendiese la urgencia del imperativo de amar al prójimo, de hacerse prójimo de todo hombre; por tanto, de buscar el bien del otro como si fuese mi propio bien"

(ANGELINI, 43-44). Sin embargo, es cierto que los criterios de ese bien no se pueden buscar en la evidencia espontáneamente suscitada de la relación inmediata con el otro, sino que hay que determinarlos mediante una búsqueda refleja y en muchos aspectos compleja, que comprende también momentos de apreciación técnica.

En definitiva, no se trata de decir simplemente no al suicidio, demostrando de modo apodíctico su grave negatividad moral, sino de sentar las bases de una superación de ese cansancio generalizado de la vida que llega a la negación de sí, sobre todo a través de la recuperación de la "proximidad", que ha de encarnarse en formas concretas de ejercicio, ya sea a nivel estructural, ya interpersonal.

Ciertamente, uno de los grandes campos de intervención es la familia. La actual situación de crisis de muchas familias provoca situaciones de alejamiento y de falta de diálogo entre padres e hijos, que no sólo no ayudan al normal crecimiento psicológico de los últimos, sino que provocan situaciones de soledad afectiva y de inseguridad, con consiguientes repliegues sobre sí mismo y la dificultad de establecer relaciones correctas con la realidad circunstante. Si los problemas son más dramáticos en las familias en apuros, también las familias unidas deben hoy reconsiderar su deber respecto a los hijos, sobre todo en lo referente a los valores que se persiguen. El privilegio otorgado generalmente a los valores adquisitivos no es evidentemente a propósito para dar sentido y estabilidad a la vida de muchos chicos; hay que revisar también algunos modelos educativos, preguntándose cuál es el modo más oportuno de formar caracteres fuertes y personas capaces de afrontar las inevitables dificultades de la vida.

Por otra parte, la vivencia de la familia se inserta en la más amplia de la sociedad. Esto nos lleva a una pregunta más seria todavía: ¿cuál es la imagen de realización de sí y de felicidad que propone nuestra sociedad? El estilo de vida más generalizado se caracteriza por un hedonismo individualista en el que todos los valores humanos son instrumentalizados y mercantilizados. En este clima nada tiene sentido; mas un mundo sin significado sólo puede vivirlo un hombre sin significado. Si se estima que la vida sólo tiene sentido cuando es plena, realizada y 'sin sufrimientos, puede parecer irrazonable seguir viviendo cuando hace acto de presencia el sufrimiento, la humillación y el fracaso. Sólo la percepción de los valores fundamentales para el sentido de la vida puede darle al hombre la fuerza de soportar también las pruebas más dramáticas. Se puede entonces afirmar que la prevención más eficaz del suicidio es de orden moral y religioso.

Mas si partimos de la tesis de que nuestra vida proviene de Dios, que le da un sentido, subsiste, según se ha visto, la pregunta: ¿Cómo ve todo esto el individuo en lo concreto de su existencia? Se abre aquí una ingente tarea ética, porque de hecho somos acompañados tanto en la percepción de los valores como en ser pesimistas u optimistas frente a cuanto nos espera, igual que somos también educados en un cierto modo de entender la vida y su realización, precisamente por la familia, la escuela, la sociedad, por todo hombre que se convierte en compañero de viaje de nuestra existencia. [l Corporeidad; l Eutanasia; l Salud, enfermedad, muerte].

BIBL.: AA.VV., todo el fascículo de "Con" 199 (1985): *El suicidio y el derecho a la muerte* (en particular: BAUDRY P., *Nuevos datos sobre el suicidio*, 315-326; ID, *Sociología del suicidio a partir de Durkheim a nuestros días*, 327-338; HENSEUR H., *Psicología del suicidio*, 339-348; BLAZQUEZ N., *La moral tradicional de la Iglesia*

sobre el suicidio, 387-400; POWER D., *Las exequias por un suicida y su desarrollo litúrgico*, 401-410; JOSSUA J.-P., "La vida no tiene ya sentido para mí"; 411 -422; HOLDEREGGER A., *¿Existe un derecho a elegir libremente la muerte?*, 423-434); DURKHEIM E., *El suicidio*, Akal, Torrejón de Ardoz 1982; ELIZARI F.L., *El suicidio. Aproximación moral*, en "Iglesia Viva" 125 (1986) 439-455; ESTRUCH J. y CARDGS C., *Los suicidios*, Herder, Barcelona 1982; FRANCESCO A., *Psicodinamica della colpa e del suicidio*, Lalli, Siena 1985; HOLDEREGGER A., *Suicidio*, Cittadella, Asís 1979; KAUFMANN A.E., *Suicidio*, en *Diccionario de sociología*, Paulinas, Madrid 1986, 1628-1642; LÓPEZ AZPITARTE E., *El suicidio y la ofrenda de la propia vida*, en "Razón y Fe" 221 (1990) 589-599; MATHIS P., *Percorsi del suicidio. Il corpo e la scritto*, Sugarco, Milán 1979; ROJAS E., *Estudios sobre el suicidio*, Salvat, Barcelona 1978; STENGEL E., *Suicidio e il tentato suicidio*, Feltrinelli, Milán 1977.

G. Pellizzaro